

Política, conflicto y populismo (II)

También en Europa: posibilidades populistas en la política europea y española

Iñigo Errejón

[El texto que sigue es la segunda entrega de un trabajo más extenso, “Política, conflicto y populismo (I y II)”, dedicado al análisis y la discusión del concepto de “populismo” y su relación con la izquierda. El trabajo ha sido dividido por razones de espacio y temáticas.

La primera parte se publicó en el anterior número 114 de VIENTO SUR. Se dedicó a una discusión de carácter fundamentalmente teórico sobre el uso de un término que ha suscitado tanta polémica entre el pensamiento radical, y que hoy vuelve a estar de actualidad a raíz de la revitalización de experiencias calificadas como “populistas”, así como de la aparición de fuerzas políticas que suponen una reedición del populismo en formulaciones ideológicas no convencionales. Se ofrecía también un enfoque alternativo que relacionase la construcción de identidades populares con la teoría de la hegemonía de cuño gramsciano.

Esta segunda parte se centra en cambio en analizar los discursos actuales que presentan rasgos populistas, y los sujetos políticos que constituyen. En un enfoque descendente, se revisan las experiencias nacional-populares contemporáneas en América Latina, el populismo de derechas y xenófobo que surge con cierto vigor en Europa, y las implicaciones de la renuncia al antagonismo —y por tanto a la formación de identificaciones populares— de las izquierdas mayoritarias en España. Se ha mantenido la numeración continua de los epígrafes para remitir al primer artículo y resaltar el carácter unitario del texto.

Los dos artículos forman parte de un mismo esfuerzo teórico, y es recomendable que sean leídos como parte de la misma reflexión. No obstante, también cabe la posibilidad de que sean leídos como artículos independientes, de discusión teórica el primero y de análisis político el segundo.]

5. Populismo en América Latina

Hemos visto ya que una condición inicial y necesaria para las rupturas populistas es la acumulación de demandas insatisfechas y la delimitación de una frontera que divide y simplifica la comunidad política en dos campos enfrentados: la “élite” y el “pueblo”. El nombre concreto que cada uno de los dos polos reciba depende, en cada caso, de cuál sea la demanda central en torno a la que se produzca la ruptura, y el contenido ideológico que genere retrospectivamente para cada uno de los términos de la oposición.

Esto sucede con mayor facilidad en los Estados de institucionalidad débil, donde los sistemas políticos son menos capaces de canalizar las reivindicaciones particulares a través de las estructuras administrativas estatales, y el Estado tiene unos reducidos recursos, que dificultan la satisfacción de las demandas planteadas.

En América Latina los procesos de periferia han causado generalmente la debilidad de los Estados nacionales ¹. Las reformas neoliberales implementadas en la región en las dos últimas décadas del siglo XX redujeron los ya escasos instrumentos fiscales y políticos de los Estados, al tiempo que multiplicaron las demandas sociales en medio de un contexto de desregulación económica, precarización y empobrecimiento de las clases subalternas ².

En la mayoría de los países esta sobrecarga de demandas insatisfechas provocó el colapso de los sistemas políticos, expresado en primer lugar por la creciente deslegitimación de los órganos institucionales de canalización de propuestas y reclamaciones: los medios de comunicación y, sobre todo, los partidos políticos. En algunos de estos países, las promesas neoliberales de desarrollo y enriquecimiento individual generaron expectativas que contrastaron con el empeoramiento general de las condiciones de vida y la creciente “insonorización” de los sistemas políticos a las reclamaciones planteadas.

En esas condiciones, las demandas insatisfechas comenzaron a vincularse en base a su común frustración. Las revueltas que estallaron en muchos de ellos, desde el “caracazo” de Venezuela en 1989 a la “guerra del gas” en Bolivia en 2003, el cambio de siglo fue particularmente conflictivo para las élites tradicionales latinoamericanas. Esas protestas, que comenzaban en torno a una reivindicación –incluso de mayor carga “simbólica” que “material”– cuya desatención se consideraba intolerable, desembocaron –a veces de inmediato, a veces en un largo proceso de decantación– en cuestionamientos abiertos del orden existente, en deslegitimaciones masivas de las clases dirigentes y en la impugnación efectiva de su capacidad rectora. En estas sociedades el espacio político se simplificó produciendo “crisis del régimen”, que se convirtió en una “crisis orgánica” cuando las demandas de los grupos subalternos adquirieron centralidad como la cristalización de una oposición generalizada que enfrentaba al “pueblo” con las élites que ostentaban el poder económico, político y, a menudo, étnico. Estos pueblos, cabe destacar, no fueron la expresión política de ningún sujeto constituido en un espacio immaculado de “lo social”. Por el contrario, fueron una construcción contingente, marcada por el anti-neoliberalismo como narrativa del resentimiento de los grupos subalternos, y por el nacionalismo como aspiración de inclusión ciudadana y desarrollo soberano.

¹ Para una reflexión sobre los Estados en las periferias del sistema-mundo, ver: Wallerstein, I. (2005 [1974]) “The Rise and Future Demise of the World Capitalist System”. *Comparative Studies in Society & History*, XVI, 4 (septiembre de 1974), Cambridge University Press, en *Capitalismo Histórico y Movimientos Antisistémicos. Un análisis desde los sistemas-mundo*. Madrid: Akal, 2005. págs. 387-415; y Taylor, P. J. y Flint, C. (2002) *Geografía política. Economía-mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid: Trama Editorial.

² Ver, por ejemplo: Kohl, B. y Farthing, L. (2006) *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. Nueva York: Zed Books y Harvey, D. (2002) *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal.

6. El populismo realmente existente en Europa: el de la derecha

En Europa, la situación es muy diferente. No es éste el lugar para ofrecer una explicación del fenómeno del populismo de derechas^{3/}. Pero sí resulta interesante ubicar su surgimiento en un contexto de alta institucionalización, que ha inspirado en las élites políticas e intelectuales la ilusión de un destierro definitivo del antagonismo, de un tiempo más allá del conflicto en el cual las decisiones por tomar sean entregadas a los “expertos”.

La hipótesis del “fin de la historia” de Fukuyama ha sido objeto de muchos intentos de descrédito, pero su peligro no reside tanto en su carga descriptiva cuanto en su apuesta normativa: la consolidación de un amplio consenso en torno a la democracia liberal entendida como competición electoral de grandes maquinarias partidistas, el libre mercado y los derechos individuales como límites a la voluntad popular. Este consenso cerraría la época de las confrontaciones ideológicas, y sustituiría, de hecho, la política por la administración estatal y la gestión mercantil. De Fukuyama se podrán decir muchas cosas, pero lo cierto es que no parecía ir demasiado descaminado: este escenario parece dominar la agenda política y la esfera pública de la mayor parte de países europeos, dominada por la competición de dos grandes partidos, uno conservador-liberal y otro nominalmente socialdemócrata, pero que habría renunciado en lo fundamental a la redistribución de la riqueza y a las “aventuras” en las que la soberanía popular pudiera friccionar con la acumulación privada de capital.

Precisamente el paso de los partidos socialdemócratas, con diferentes acentos, a la “tercera vía” supone la sanción de un horizonte “postpolítico” que pretende que los “intereses generales” de la sociedad están ya definidos, y pueden ser perseguidos, en ausencia de necesidades contradictorias, mediante la mera gestión “eficiente”. Habiendo renunciado a dar la batalla por la definición de los intereses generales, aceptando así los parámetros de la discusión política establecidos por los límites que el Estado liberal fija al alcance de la soberanía popular, abandonando toda pugna por establecer cuál es el “bien común” de nuestras sociedades, el centro izquierda ha renunciado a la política *strictu sensu*.

El correlato ideológico de esta evolución ha sido la extensión de la exaltación de los logros individuales y la denigración de lo colectivo como limitador de la libertad. En un artículo reciente en *Le Monde Diplomatique*, Slavoj Žižek mostraba de manera brillante la contradicción de una época en la que la publicidad, el cine, la industria del ocio y la cultura exaltan permanentemente la idea de que “nada es imposible” para el ser humano individualmente considerado, al tiempo que se repite machaconamente la idea de que, como especie, no hay nada

^{3/} En su lugar, es altamente recomendable la lectura del trabajo de Chantal Mouffe “El fin de la política y el desafío del populismo de derecha”. En F. Panizza, (coord.) (2009) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, págs. 71-96.

más que conseguir más allá del horizonte democrático-liberal y la única postura racional y no arcaica es renunciar a cualquier meta colectiva, sospechosas todas de tendencialmente totalitarias/4.

No es extraño así que una parte sustancial del consenso embrutecedor dominante sea la creencia mayoritaria en “soluciones eficaces” por encima de las ideologías, que serían sólo un corsé obstaculizador para la búsqueda –técnica, claro– de las mejores opciones. También es sintomática la querencia por “la moderación” –que es otra posición vacía susceptible de los contenidos más diversos– y la convicción, nunca argumentada, de que “todos los radicalismos son malos” y de que “los extremos se tocan”. Se trata de la tensión policiaca a cerrar la discusión política acotándola a quienes ya están de acuerdo.

El programa de TVE “Tengo una pregunta para usted”, que permite una comunicación más fluida entre los candidatos y los electores, es una buena muestra de ello/5. La mayor parte de las intervenciones de “ciudadanos anónimos” planteaban a “los políticos” problemas particulares no formulados dentro de ninguna superficie de inscripción colectiva, sino dentro del esquema mercantil de satisfacción aislada de necesidades fragmentadas. Además de reflejar la estupidez reinante, que confunde a los candidatos a puestos de gobierno con administradores conocedores de las normativas y entresijos de las instituciones de regulación social, este hecho expresaba la despolitización generalizada: muy pocas intervenciones interpelaban a los candidatos desde un “nosotros” que excediese los marcos familiares o estrechamente corporativos/6, y por tanto ninguno cuestionaba las definiciones de la cosa pública rectoras de las políticas públicas postuladas por cada partido.

Este marco no sólo naturaliza el orden existente y constriñe todas las opciones razonables al interior de sus parámetros, consiguiendo así la pasividad generalizada. También fomenta la denigración de la política, paso previo para entregársela a comités de sabios muy bien pagados.

Es lógico que a una desustanciación de la política, a una actividad interesada en sacar del debate político las grandes cuestiones que afectan a la vida cotidiana-

4/ Zizek, S. (2010) “Salir de la trampa y hacer lo imposible. Rechazo obstinado de un orden insoportable”. *Le Monde Diplomatique* Edición española. Noviembre 2010; número 181.

5/ Me refiero en concreto a los programas del 9 y 10 de noviembre de 2010 dedicados a las elecciones al Parlamento de Cataluña del 28 de noviembre de 2010.

6/ El único tema en torno al cual, en los debates entre candidatos y ciudadanos en el programa de TVE, se expresaron temáticas con vocación de universalidad, capaces de producir identidades fuertemente políticas, fue el de la cuestión nacional catalana. Esto demuestra la enorme fuerza de las identidades nacionales, en modo alguno socavada por los procesos de globalización; también la imposibilidad, para cualquier proyecto que se quiera hegemónico, de descartar esa centralidad de los significantes nacionales a base de ignorarla. En contra de la mayor parte de los análisis postelectorales, el resultado del 28 de noviembre muestra el peso determinante de la fractura nacional como eje orientador del voto. Las dos fuerzas más castigadas en las pasadas elecciones, PSC y ERC, han pagado ante sus electorados potenciales los intentos de contemporización de la tensión nacional, perdiendo votos a favor de partidos más nítidamente españoles en el caso del PSC hacia el PP, o nítidamente independentistas como en ERC hacia SI o “Reagrupament”.

na de la mayoría de las personas –salarios, condiciones de trabajo, precios, inversiones públicas, prestación de servicios públicos, derecho a la vivienda, al transporte o a la cultural, o incluso las grandes decisiones de política exterior– le haya seguido una pérdida generalizada de interés por la política. Pero la actividad continuada de desprestigio de la política como una actividad sospechosa, y de los políticos como “vividores” o “ineficaces” debe ser tomada como una ofensiva que, no por casualidad, deja siempre a salvo de su denigración la actividad privada entendida como el esfuerzo por el enriquecimiento personal. Algunos sectores de la izquierda radical, dicho sea de paso, se han apuntado de manera infantil al desprestigio de “los políticos” creyendo haber encontrado en ello una consigna que entronca con el hartazgo popular. En realidad, sus críticas suelen ser desestimadas tan pronto como afectan a los “emprendedores” o proponen un horizonte más allá del existente. El desprestigio de la política acaricia la utopía comunista del fin de la política y su sustitución por “la administración de las cosas” tras haberla deformado. El resultado es una distopía que fomenta el cinismo, el individualismo y la atomización, y la competencia salvaje. No se acaba con la política, pero se la entrega a la burocracia y las instituciones mercantiles no democráticas.

Este es el caldo de cultivo para el populismo de derechas. Descartados los ideales colectivos –a excepción de las apelaciones a la “nación” en sus diferentes formulaciones– y en un escenario de desprestigio de lo público y exaltación de lo privado, las frustraciones, angustias e insatisfacciones son difícilmente articulables por discursos de izquierda. Las nuevas modalidades de derecha “plebeya” construyen discursivamente un “pueblo” constituido por los buenos ciudadanos, honestos trabajadores blancos y propietarios, estafado por los políticos y las élites intelectuales nacionales y europeas, amordazado por lo políticamente correcto, y amenazado por la inmigración. En consonancia con lo afirmado hasta aquí, hay que afirmar que las fuerzas políticas de la nueva derecha populista dejan por lo general fuera de su punto de mira al libre mercado. Así ha sido en el caso de las derechas populistas que han llegado al gobierno, como el FPÖ austriaco, los “posfascistas” de Gianfranco Finni o incluso la *Lega Nord* de Bossi; también sucede en el Estado español con las fuerzas menos marginales de una extrema derecha aún escasamente autónoma en lo político y electoral.

Esta apelación populista recibe su contenido ideológico del carácter de la frontera que traza: el odio del penúltimo –el ciudadano olvidado por las élites– frente al último –el migrante no propietario ni de estatus de ciudadanía. Ésta es la fractura que constituye el pueblo del populismo reaccionario, xenófobo y antiliberal.

Así, el único populismo realmente existente en la Europa del consenso por el “centro” político es el de derecha. A ello han contribuido todos los que sueñan

“La exclusión de las grandes cuestiones de la vida política, el miedo al conflicto, la ilusión de una política aséptica y libre de las identificaciones pasionales, han llevado a Europa a un *impasse* que ha permitido que en diferentes países la extrema derecha se haya presentado eficazmente como una fuerza antisistémica”

con el fin de la política y el conflicto, y en especial la izquierda mayoritaria que ha renunciado a ofrecer soluciones sustancialmente diferentes sobre las cuestiones socioeconómicas. En este contexto discursivo, es más normal que las demandas frustradas se articulen en un sentido cínico y egoísta, agresivo contra los más desposeídos y profundamente desconfiado de la democracia y de lo público como ámbito de discusión y mejora de la vida en colectivo.

La acusación de que la derecha populista ofrece “soluciones fáciles” o “simplistas” es tan ineficaz como la condena moral que aumenta la posibilidad de los reaccionarios de presentarse como la oposición al sistema político existente. Todas las fuerzas políticas que han sido capaces de movilizar amplios sectores de la sociedad en pos de un objetivo común, lo han sido merced a su habilidad para sintetizar sus diagnósticos y, sobre todo, sus propuestas de solución en formulaciones sencillas y directas. Cualquier fuerza que no sea capaz de hacerlo debe ser tomada, en consecuencia, como sospechosa de no tener ninguna solución en absoluto.

La exclusión de las grandes cuestiones de la vida política, el miedo al conflicto, la ilusión de una política aséptica y libre de las identificaciones pasionales, han llevado a Europa a un *impasse* que ha permitido que en diferentes países la extrema derecha se haya presentado eficazmente como una fuerza antisistémica. Esto no es un fenómeno periférico, sino directamente relacionado con la hegemonía de la “postpolítica” neoliberal, su cara oscura, plebeya y agresiva. Por el contrario, en los momentos en los que la agenda política ha estado ordenada por fronteras antagónicas, que provocaban adhesiones pasionales e identificaciones populares que excedían la canalización institucional –como durante las movilizaciones contra la invasión a Irak, o las protestas contra los recortes en Francia, Inglaterra, Grecia o en menor medida el Estado español– las frustraciones no han sido articuladas en discursos de derechas sino que han estado relativamente disponibles para la construcción de “pueblos” de izquierdas, unificados contra los recortes sociales y las salidas regresivas a la crisis. Ese es el camino, profundizar la construcción de antagonismo.

7. Unos últimos apuntes sobre el sistema político español y las posibilidades de ruptura populista

En el país llamado España, y que las dificultades de la izquierda para nombrar un “nosotros-pueblo”^{7/} le obligan a llamar “Estado español”, la situación de negación del conflicto y de adormecimiento de la política ha dificultado enormemente la constitución de un sujeto político amplio por el cambio social. Pero esa dificultad no afecta de la misma forma a todas las fuerzas de la arena política, ni constituye sólo un problema para las izquierdas con voluntad radical. La izquierda que apostó por la concertación también sufre en la actualidad las consecuencias de su intento de retiro de la política.

Aquí la última vez que el escenario político estuvo sustancialmente “abierto” fue en los últimos años de la dictadura de Franco y en el proceso de la Transición. La multiplicación de organizaciones políticas, del debate ideológico y de las energías colectivas orientadas a fines de emancipación social, hablan claramente de un momento de aceleración histórica y de discusión de los sentidos políticos: esto es, de una redefinición colectiva de los marcos de convivencia y de los canales institucionales de solución de conflictos.

La clausura exitosa de la Transición como un pacto entre élites basado en primer lugar en la reclusión de la política en las instituciones –sacándola de las calles, los centros de trabajo o las asociaciones vecinales– supuso la estabilización de un sistema político marcado por un amplio consenso entre los grupos rectores de la dictadura y las fuerzas políticas más “moderadas” y homologables ante Europa de la oposición democrática. Este pacto excluía de la agenda de discusión política las cuestiones que tradicionalmente habían ordenado las identidades políticas en el Estado español: la monarquía y la bandera nacional, la propiedad de los medios de producción y la distribución de la riqueza social, y lo intentó con éxito desigual con el modelo territorial de Estado. Así, el pacto constitucional conformaba un amplio bloque histórico dirigente del Estado y un sólido sistema político tendente a la exclusión de ciertas demandas y a la tramitación aislada de otras. Una operación radical de “transformismo”, en términos gramscianos.

El fantasma que esta estabilización del sistema político debía conjurar era aquel de las “dos Españas”, la dicotomización radical del campo político que llevó a la Guerra Civil como momento culmen del antagonismo –y de la politización. Frente a aquella suerte de “ruptura populista”, la construcción de la democracia exigía, según el discurso dominante, la disolución de las identidades populares en una amplia y difusa identidad nacional reunificada, y en una estructura política que permitiese la minimización del conflicto social.

^{7/} Estas dificultades no rigen obviamente para los discursos nacional-populares de las izquierdas que reivindican nacionalidades periféricas alternativas a la española. Pese a sus dificultades en la nominación de un pueblo distinto del español, y en la materialización jurídica de esa comunidad política por escindir, no deja de ser significativo que –con las diferencias obvias entre territorios– sólo las izquierdas con capacidad de interpelación nacional alternativa a la española hayan sobrevivido con una cierta relevancia social al proceso de marginalización de las fuerzas políticas “rupturistas” después de la Transición a la democracia.

En la medida en que gran parte de los puntos de partida de aquella construcción política eran las “líneas rojas” trazadas por los grupos dirigentes de la dictadura, la derecha asumió sin demasiados traumas el nuevo escenario, con gran parte de sus intereses blindados por su exclusión de la agenda política. Se trataba de una inclusión controlada, que no invalidaba por tanto el relato nuclear del pensamiento conservador: el que oponía a la patria verdadera con sus antitesis de la degeneración, la lucha de clases como enfrentamiento fratricida, y los nacionalismos periféricos: la “antiespaña”.

Las fuerzas de la izquierda tuvieron en cambio que representar un giro discursivo notable, de los marcos del antagonismo entre la(s) España(s) amplia de las mayorías populares (y los pueblos) y la minoría dominante –encarnada en la caricatura del señorito, el guardia civil y el cura– a los de la reconciliación nacional y la gestión institucional de los conflictos. Estos conflictos, en todo caso, no serían ya las cuestiones centrales con capacidad de dibujar fronteras antagónicas, sino diferencias mínimas. Los elementos centrales de la convivencia se encontraban a salvo de la discusión política, definidos de una vez por todas en un momento en el que para las fuerzas del cambio pesaba la amenaza de la involución militar, y fuera por tanto del ámbito de la soberanía popular.

De esta forma, fue la izquierda mayoritaria, particularmente pusilánime, quien se empeñó en dar muestras de su “democraticidad”, igualada ésta con la renuncia a los “temas sensibles”, y de su capacidad única para desconflitar el sistema político español. La derecha, mientras tanto, mantuvo sus signos identitarios fuertes, tales como la bandera rojigualda y el nacionalismo español, el antisindicalismo feroz o el catolicismo agresivamente antilaico. No por sorpresa de estos elementos han partido todas las movilizaciones de masas de las organizaciones conservadoras de la sociedad civil.

Suscitando bastante atención mediática, la iniciativa “Transforma España” de la Fundación Everis presidida por Eduardo Serra, entregó a Juan Carlos I el 16 de noviembre de 2010 un documento que resulta una magnífica demostración de operación hegemónica conservadora/8. Al mismo tiempo que anima a *desideologizar la política* y superar el “obsoleto” antagonismo de clase, redibuja la frontera que constituye la sociedad: el *valor país de España* debe ser afirmado *contra el Estado y los políticos*, identificados con la ineficiencia y el enfrentamiento/9. Este discurso liberal apunta a la creación de una “Big

8/ El documento, titulado “Un momento clave para construir entre todos la España admirada del futuro” puede consultarse aquí:

www.fundacioneveris.es/Images/Transforma%20Espa%C3%B1a%20Fundaci%C3%B3n%20everis_tcm32-71088.pdf

9/ Aquí se realiza un brevísimo análisis discursivo del documento “Transforma España” de la Fundación Everis para emplearlo como ejemplo de la tensión postpolítica de la hegemonía liberal-conservadora. No obstante, para una reflexión más profunda sobre la iniciativa de la Fundación Everis y los objetivos políticos que persigue, este análisis se remite al lúcido artículo de Jaime Pastor “La sociedad civil...del gran capital vuelve a la ofensiva” (VIENTO SUR, nº 113) Disponible en: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=3340>

Society” –a la Cameron– unificada en torno a un consenso sólo alcanzable mediante la confinación de los antagonismos a la esfera privada, donde son invisibilizados. Este sí es un dispositivo de reafirmación de la frontera, con ciertos ribetes populistas: la buena sociedad española sólo podrá reconciliarse consigo misma reduciendo el peso de la política y apartando a los partidarios de (otras) divisiones. Pretendiendo hablar desde ninguna parte, los promotores del manifiesto se ubican así desde la universalidad, la posición invisible del vencedor. El llamamiento “pluralista” a superar la división y el enfrentamiento político debe ser leído entonces como un violento movimiento hegemónico, que opera mediante el estrechamiento de las posibilidades de la soberanía popular y la reificación de las relaciones de poder existentes, colocándolas a salvo de lo político. Así, este discurso no parte de una comunidad política pre-existente, sino que la (re)construye definiéndola, atribuyéndole morfología, intereses comunes y fronteras. Se trata siempre, por tanto, de una construcción en el antagonismo.

La izquierda, habiendo abrazado en solitario la idea de las “dos Españas”, ha renunciado así a activar, vivificar y movilizar a la suya. Gracias a eso se ha hecho campeona de la corrección política, pero ha ido retrocediendo pasos agigantados en la lucha ideológica y por la institución del sentido político de los hechos sociales, y en consecuencia siendo la facción progresista de un bloque social cuyas fronteras discursivas define el adversario.

La derecha debe parte de su influencia creciente sobre el sentido común de nuestra época a su beligerancia, a no haber olvidado nunca que la política democrática no sólo no es contradictoria con el conflicto sino que lo necesita. En la medida en que esa beligerancia pase por una interpelación al “pueblo español” que lo enfrente a las élites bienpensantes y políticamente correctas y a los consensos edificados en una correlación de fuerzas en decadencia, podremos hablar de una activación populista de la derecha. Temáticas como la inmigración, el debate sobre el cambio climático, el rol constitucional de los sindicatos o el modelo confrontacional al que tienden los medios de comunicación conservadores, podrían ser una muestra de esta dinámica, ante la sonrisa educada y displicente de una izquierda a la que le gustaría que alguien le exonerase de la política.

Agradezco las lecturas previas y comentarios de Manuel Canelas, Jorge Moruno, José Antonio Errejón y Miguel Romero.

Íñigo Errejón es investigador en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Consejo Asesor de *VIENTO SUR* y de la Fundación CEPS. E-mail: ierrejon@cps.ucm.es

Bibliografía:

- Aboy Carlés, G. (2003) “Repensado el Populismo”. *Política y Gestión*, Homo Sapiens Ediciones, Vol. 4.
- Aboy Carlés, G. (2005) “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”. *Estudios Sociales*, Revista Universitaria Semestral, Año XV, núm. 27, primer semestre.
- Barros, Sebastián (2005) “The discursive continuities of the Menemist rupture”. En F. Panizza (comp.) *Populism and the Mirror of Democracy*. Londres: Verso.
- Butler, J., Laclau, E. y Žizek, S. (2004) *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De la Torre, C. (2003) “Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”. *Revista de Ciencia Política*, vol. 23, Santiago de Chile.
- Errejón, I. (2010) “Somos MAS”. *Un análisis discursivo de la construcción del pueblo boliviano durante el primer gobierno de Evo Morales*.
Disponible en: http://halshs.archives-ouvertes.fr/docs/00/53/61/10/PDF/AT14_Errejon.pdf
- Femia, J. (1987) *Gramsci Political Thought*. Oxford: Oxford University Press.
- Gramsci, A. (2000 [1929-1937]) *Cuadernos de prisión*. México DF: Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 6 vol.; traducción de la edición del Instituto Gramsci de Roma, a cargo de Valentino Gerratana.
- Harvey, D. (2002) *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Akal.
- Kohl, B. y Farthing, L. (2006) *Impasse in Bolivia. Neoliberal Hegemony & Popular Resistance*. Nueva York: Zed Books.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1985) *Hegemony and Socialist Strategy*. Londres: Verso.
- Laclau, E. (ed.) (1994) *The making of political identities*. Londres: Verso.
- Lukács, G. (1969 [1923]) *Historia y conciencia de clase*. Traducción de Manuel Sacristán. México DF: Grijalbo.
- Morton, A. D. (2007) *Unravelling Gramsci Unravelling Gramsci. Hegemony and Passive Revolution in the global economy*. Londres: Pluto Press Books.
- Mouffe, Ch. (1996) “La política y los límites del liberalismo”. *La política. Revista de estudios sobre el Estado y la sociedad*. 1, 171-190.
- Mouffe, Ch. (2009) “El fin de la política y el desafío del populismo de derecha”. En F. Panizza, (coord.) *El populismo como espejo de la democracia* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 71-96.
- Panizza, F. (coord.) (2009) *El populismo como espejo de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pastor, J. (2010) “La sociedad civil...del Gran Capital vuelve a la ofensiva”, *VIENTO SUR*, 28/11/2010.
- Portelli, H. (1974) *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Taylor, P. J. y Flint, C. (2002) *Geografía política. Economía-mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid: Trama Editorial.
- Wallerstein, I. (2005 [1974]) “The Rise and Future Demise of the World Capitalist System”. *Comparative Studies in Society & History* XVI, 4 (septiembre de 1974), Cambridge University Press, en *Capitalismo Histórico y Movimientos Antisistémicos. Un análisis desde los sistemas-mundo*. Madrid: Akal, 2005, 387-415.
- Žizek, S. (2007) *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.
- Žizek, S. (2010) “Salir de la trampa y hacer lo imposible. Rechazo obstinado de un orden insoportable”. *Le Monde Diplomatique* Edición española. Noviembre 2010; número 181.